

Santos, Luís Cláudio Villafañe G.

O dia em que odiaram o Carnaval. Política externa e a construção do Brasil.

Sao Paulo: UNESP, 2010. 278 p.

En medio de las celebraciones por el Bicentenario de los procesos de independencia, todos los latinoamericanos estamos participando, consciente o inconscientemente, de un debate sobre nuestras identidades. El Dr. Villafañe G. Santos, diplomático e historiador brasileño, ha sabido captarlo y le ha servido de musa para su tercer libro: *O dia em que odiaram o Carnaval*, (El día en que aplazaron el Carnaval).

Aborda la formación de la nacionalidad brasileña, a partir de la acción estatal, en particular, de la política exterior del Brasil. Toma como hilo conductor el papel que cumplió la figura de José Maria Paranhos Da Silva Júnior, en la construcción del Estado-nación. Justamente, el título hace referencia a la postergación del Carnaval decretada por el gobierno, en señal de luto, con motivo de su muerte el 10 de febrero de 1912. Ese día, el Barón de Rio Branco, no sólo entró en la historia, sino también a formar parte del imaginario colectivo como uno de los “padres fundadores” del Brasil y su legado a oficiar, por años, de sustento y guía de la política de Itamaraty. Explicar ese fenómeno, condujo al autor a desnudar el proceso de elaboración de la identidad. A tales efectos, trabaja a lo largo de las distintas etapas de la historia de su país, los siguientes conceptos.

Parte de la premisa que el Estado construyó la nación, y la política exterior, como su expresión externa, tuvo a su cargo establecer los límites del territorio y contribuir a la creación de la identidad nacional respecto a su relación con los demás. Los nacionalismos, surgidos entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, implican una tríada: pueblo, territorio delimitado y Estado soberano, sustentado en

elementos culturales y étnicos, que conducen inevitablemente a la idea que el mundo debería estar organizado en naciones. Su desmitificación como fenómeno ideológico de carácter político, utilizado por los Estados, a partir del siglo XIX, como fuente de legitimación del poder, es esencial para entender el pasado e incluso el presente. Aceptar su creación consciente, y hasta dirigida por historiadores y artistas, en base a figuras reales elevadas al carácter de “santos” laicos por encima del momento histórico en el que se desempeñaron, implica remover nuestros propios cimientos. En efecto, la construcción de la identidad, en tanto “comunidad imaginada”, es una invención colectiva, viva y en constante reelaboración que nos lleva a cuestionar nuestro propio “yo”, y en consecuencia la idea que tenemos del “otro”.

La legitimación del Imperio, erigido sobre una colonia portuguesa carente de unidad, y poco comunicada entre sí, se hizo sobre la base del principio dinástico-religioso. La lealtad política debida por el súbdito al soberano operó como el elemento aglutinador por excelencia. Si bien, primero debió darse su traspaso del monarca portugués al brasileño, paulatinamente, esa relación devino en un sentimiento de patriotismo que permitió la consolidación del régimen y el tránsito de las patrias locales a la patria, como sinónimo de todo el territorio. En la esfera externa, la idea de América constituyó la referencia inevitable, no sólo en el siglo XIX sino también en el XX. El mantenimiento de la monarquía y del orden social existente, habilitó a sus gobernantes a identificar al Brasil con la continuidad en contraposición con las rupturistas repúblicas hispanas. Era un país que se presentaba como europeo¹, en términos de legitimidad y propósito, pero de este lado del Atlántico. A partir de esa visión de sí mismo, se proyectó como tal: civilizado, estable, unido, poseedor de una riqueza natural inigualable y, en consecuencia, poderoso. Una imagen, que por cierto, ni los europeos, ni sus vecinos compraron totalmente. En América, pasó del conflicto al aislamiento, mientras definía su espacio territorial, tal como lo exigía el Estado-nación. No obstante todas sus

¹ SANTOS, Luís Cláudio, Villafañe G. *O Brasil entre a América e a Europa: O Império e o interamericanismo (do Congresso do Panamá à Conferência de Washington)*. São Paulo: UNESP, 2004. p. 142

limitaciones internas y externas, el edificio de la “monarquía tropical” se mantuvo en pie por casi setenta años.

La guerra del Paraguay mostró las debilidades de la sociedad estamental y la base misma del régimen. El Imperio era incapaz de defenderse mientras continuase restringido a una elite blanca y propietaria. Gradualmente, la fuente de cohesión dejó de ser el emperador y se transfirió a las Fuerzas Armadas, cuyo combustible pasó a ser el nacionalismo, como elemento que identificó a cada integrante así como justificó y redimió sus acciones. La falta de legitimidad, entre otros factores, determinó la caída del emperador y el comienzo de una nueva era basada en valores compatibles con los sostenidos por el mundo occidental del momento.

La República trajo aparejada la idea de ciudadano, en tanto, concepto homogéneo e igualitario, e hizo urgente la construcción de la nación como “comunidad imaginada” que hiciera sentir a todos “brasileños”. Luego del debate intelectual que confrontó distintas opciones, la construcción de la nacionalidad se hizo sobre la idea heredada de patria común y de afinidades culturales, ubicadas por encima de las diferencias sociales. Muchos símbolos fueron aprovechados dándoles nuevas lecturas, fue el caso del himno y la bandera, a la vez que se revalorizaron algunos mitos fundadores, tales como la exuberancia de la naturaleza, la posesión de un vasto y rico territorio, el sentimiento de grandeza, manejado ya por la colonización portuguesa, y el de superioridad de la civilización brasileña sobre la de sus vecinos. En esta tarea no faltó el rescate de los “héroes” de la Guerra del Paraguay y la elevación de Tiradentes a símbolo de toda la nación, quien fue vendido como un precursor del republicanismo en pleno siglo XVIII. El Barón de Rio Branco pronto se sumó a este selecto club gracias a su contribución a la demarcación del territorio y a las líneas generales legadas sobre la forma en que debía el Brasil relacionarse con las otras naciones. El autor tomó de Centeno, el paralelismo entre la fe y el patriotismo, y el nacionalismo y la Iglesia, que le sirvió para definir el nacionalismo como una “religión laica” necesitada de “santos” y de un texto sagrado que oficiase de guía para sus fieles. En esta

construcción, poco importó el límite entre el mito y la realidad histórica, porque tenía un fin propio e independiente: sustentar la cohesión nacional y legitimar al Estado.

El territorio, base física necesaria para la construcción de la nacionalidad, fue revalorizado y asociado a la idea de grandeza e integridad. Las victorias diplomáticas del Barón en la demarcación de los límites con Argentina, Francia, Holanda, Bolivia, Colombia, Perú y Uruguay, estuvieron en la base de la creación del mito de su “paternidad”. En el imaginario colectivo, Paranhos, pasó a personificar esa grandeza, y se convirtió en un elemento aglutinador por encima de las diferencias entre los distintos sectores de la sociedad.

Paralelamente, el Barón fue introduciendo postulados generales que sirvieron de guía para la política exterior y lo identificaron como país por mucho tiempo, a saber:

- 1) La vocación pacifista y de no intervención. Atrás quedó las guerras e intervenciones durante el Imperio. La República era pacífica.
- 2) Vocación multilateral
- 3) Confianza en el Derecho internacional como arma de los países débiles
- 4) Defensa de los principios

Cada uno de ellos contribuía a un claro objetivo: aumentar el prestigio internacional del Brasil y potencializarlo en la región. A tales efectos, el antiamericanismo del Imperio dio paso a la reinserción del Brasil en América. Estados Unidos actuó como referencia positiva, y se puso en práctica una estrategia destinada a establecer una alianza no escrita sellada a partir de gestos simbólicos, que duró hasta 1961. El panamericanismo fue usado como forma de integrarse al continente, con vistas a jugar el papel de intermediario entre Estados Unidos y las repúblicas hispanoamericanas, o con suerte el de sus representantes ante el mundo. Sin embargo, sus vecinas seguían siendo el “otro”, de las que el Brasil debía procurar diferenciarse. De esta forma surgió una nueva autoimagen: un Brasil americano, pacifista, respetuoso, principista, dueño orgulloso de un vasto y rico territorio, sin manchas de sangre, nacido en las mesas de negociación y bautizado

con champagne. Todo un ejemplo, aunque no enteramente comprado en la región.

La consagración de estas directrices, lo suficientemente laxas para sobrevivir al tiempo, coadyuvaron a consolidar la nacionalidad brasileña y adquirieron carácter cuasi sagrado. No obstante, a medida que el momento histórico así lo requería, fueron recibiendo nuevos elementos. El aporte más significativo de la era Vargas, fue la introducción de país económicamente no desarrollado. Sin embargo, habrá que esperar a la presidencia de Kubitschek para que se concibiese como subdesarrollado y transitase de una identidad americana a una latinoamericana y en la que Estados Unidos pasó a ser el “otro”. “La Política Exterior independiente” quebró con parte del paradigma heredado de Rio Branco, como la alianza no escrita con los Estados Unidos, y habilitó una identificación con Asia y África, desde el momento en que se consideró que todos estaban viviendo un proceso histórico de superación de la dependencia. El objetivo común de desarme, desarrollo y descolonización, en un mundo bipolar, explica su participación, por ejemplo, en el Grupo de los 77 y en el de los No Alineados, así como sus propuestas en foros internacionales destinadas a llamar la atención sobre la necesidad de un nuevo orden económico, o simplemente a intentar contener a Estados Unidos. A pesar de estos cambios operados en los hechos, la herencia del Barón siguió siendo una referencia retórica.

Con el advenimiento de los gobiernos militares en 1964, continuó identificándose con los países subdesarrollados y el desarrollo permaneció como un objetivo a alcanzar. Recién con Medici se dio un progresivo retorno a la dimensión latinoamericana, pero bajo la idea de “potencia emergente” y se retomó la fracasada aspiración de entre guerras, de convertirse en el intermediario entre América Latina, Estados Unidos y demás potencias. Al final de la dictadura, la autoimagen brasileña estaba claramente

definida en torno a su condición de país en desarrollo y latinoamericano. Esta visión de sí mismo fue consagrada en la Constitución de 1988.

Si bien, Collor de Mello propuso una identificación con el primer mundo, con la asunción de Cardoso y Lula da Silva esa tendencia fue revertida. Aunque para este último, la alternativa era la integración con sus vecinos, buscó una “nueva geografía” a fin de profundizar las relaciones sur-sur y rescató la idea de la construcción de un nuevo orden económico internacional.

Finalmente, queda planteado el actual debate sobre la identidad del Brasil, en el cual se reelaboran temas antiguos como la grandeza brasileña, y la superación del atraso, así como su identificación como americano, latinoamericano, o sudamericano, del primer mundo o del tercero, potencia regional o actor global, entre otros.

A pesar de la crisis que está viviendo el Estado –nación, el autor, se arriesga a predecir que no desembocará en el fin de las identidades, en tanto realidad inventada, hija de un determinado tiempo histórico y en constante interrelación con los “otros”.

Este ensayo aporta innumerables líneas de investigación para el caso de Brasil e invita a reproducirlo para distintos países. Asimismo, incita a aventurarse en novedosos estudios, como por ejemplo, el papel de las adoraciones marianas, del deporte o de las fiestas populares como símbolos religiosos y laicos que transforman esta invención, en el fuero íntimo de cada uno de nosotros, en pasión y verdad.

O dia em que adiaram o Carnaval, ha traído a nuestra conciencia la importancia de la identidad como invención colectivamente construida, tanto para entender el pasado como para coadyuvar a elaborar el futuro, en ese sentido, el Dr. Villafañe G. Santos nos ha hecho a todos un gran favor.

Adriana Mirel Clavijo
Universidad de la República